

Las sillas de Vitra, una antología del diseño del siglo xx

Todos son sillas o sillones: tal la única característica que une a la importante y variada colección de Vitra, pues no hay ninguna otra cosa que les sea común a todos ellos. A primera vista, y si se piensa en abstracto en las sillas del siglo inmediatamente pasado, no se diría que pudieran ser tan diferentes, pues la idea de silla, como la de su propio cuerpo, es para el hombre bastante inmediata. Los diseñadores del mundo demuestran que, sin embargo, esto no es así, y que la variación posible al concebir el mueble quizá más importante y primario de todos los posibles es, simplemente, infinita.

No obstante —y dejándose llevar por un vicio tan inevitable como obligado para el crítico— deberíamos clasificarlas, quizá como si se tratara de insectos —pues es a insectos a lo que, si hemos de buscar alguna comparación, a lo que más se parecen— y por ver si podemos llegar así a un cuadro casi biológico que las relacionara: que nos permita, ordenadamente, hablar de ellas.

Pues, como se ve —si se pasea la mirada sistemáticamente por la colección—, no son antropomórficas: la idea primaria de que una silla, con patas, brazos y cuerpo, se parece al hombre que se sienta en ellas, no

es cierta. No hay ni una sola silla moderna que se parezca realmente al cuerpo humano y tan sólo las que tienen brazos pueden, por éstos, recordarlo vagamente.

TENDENCIAS

¿Podrían clasificarse las sillas por tendencias estilísticas, asimilándolas a la arquitectura o al diseño del siglo xx? Puede que sí, pero, viendo que efectivamente representan el siglo xx, puede observarse también que lo hacen de muy distinto modo que la arquitectura y que, al contrario que ésta, las sillas se convierten en gran medida en intemporales. Y que se resisten así a representar una época, aunque son bastante más elocuentes cuando se trata de representar las tendencias o escuelas.

Hay sillas de autor, tan características como si se tratara de un edificio, pero no hay muchas. Están entre ellas la de Frank Lloyd Wright, que tiene incluso un respaldo exagonal, y que corresponde a la época primera —muy concretamente al desaparecido Hotel Imperial de Tokio (1920-1922)— y no a la etapa más moderna u orgánica. El sillón N° 670 de Josef Hoffman (1905) es también por completo coherente con su arquitectura, y

es de hecho tan intencionadamente así como lo son los muebles de Wright: en ambos autores, mobiliario y arquitectura buscan alcanzar una absoluta unidad. La silla de Rietveld —la famosa, la de 1918— es tan arquitectónica que expresa mejor que un edificio lo que eran los principios neoplásticos, aquellos que pretendían llevar las investigaciones pictóricas de Mondrian al espacio arquitectónico, y que se lograron, sobre todo, en el mobiliario. El sillón de Aalto de Paimio (1930) puede decirse que está también muy relacionado con la obra del maestro finlandés.

Hay sillas *racionalistas*, aunque no muchas. Además de las de Rietveld, todas ellas, está también la silla MR 10, de Mies van der Rohe (1927) —no así la “Barcelona”, que no es racionalista y que no tiene nada que ver con la arquitectura del edificio del Pabellón alemán; esta famosa silla fue concebida como un *trono* para los Reyes de España en la inauguración del edificio—; la mecedora “Siesta medicinal”, de Hans y Wassili Luckhardt (1936); la silla plegable de Jean Prouvé (1930); el sillón de respaldo basculante de Le Corbusier (1928); la B 64, la B 35 y el sillón Wassily de Marcel Breuer (1928, id., y 1925), y la silla Plia, de Giancarlo Piretti (1968), esta última realizada ya en tiempos que no eran en absoluto racionalistas.

Las sillas que podríamos llamar *orgánicas* son la mayoría, la inmensa mayoría. Podría decirse que, en realidad, una silla es orgánica

por naturaleza y que eso es lo que tiene precisamente de antropomórfica. Destacan entre ellas las de Alvar Aalto (de 1930 en adelante), todas las de los Eames (de 1940 en adelante), la tumbona de Le Corbusier (1928), la ST 14 de los Luckhardt (1931), la silla de brazos de madera laminada, de Gerald Summers (1933), la Hardoy Chair del Grupo Austral (1938), la Bellevue de André Bloc (1951), la The Ant de Jacobsen (1952), la Tulip Chair de Eero Saarinen (1956), la W. W. Stool, de Philippe Stark (1990), etc., etc. Puede verse por las fechas que la *silla orgánica* es muy anterior a la arquitectura orgánica y que continúa también después de desaparecida ésta. Y puede verse también, por ejemplo, cómo el sillón Paimio, de Alvar Aalto, es completamente orgánico, mientras el Sanatorio era una obra racionalista, tan sólo con leves toques orgánicos. Así pues, parece que lo orgánico —la falta de geometría, o, si se prefiere, la geometría compleja y curvilínea y las formas continuas— puede tenerse como bastante propio del mueble moderno, como a primera vista se comprueba ya.

Una observación de interés sobre el atractivo sillón de Paimio —que puede hacerse también sobre la silla de brazos de madera laminada, de Summers, y sobre algunas otras, no muchas— es que está diseñada absolutamente desde la sección, desde el perfil, de modo que, entendido éste, basta conocer las dimensiones ortogonales a él, sin necesidad de hacer nin-

gún otro dibujo, para fabricarla. Esto es curioso, pues a primera vista, y, sobre todo, en el recuerdo, no se diría que es así, ya que la riqueza formal que tiene se asimila a una mayor complejidad real. Sobre todo teniendo en cuenta que, cuando se trataba de la arquitectura, Aalto empleaba siempre dos de los planos del triedro cartesiano para definir la forma.

PLÁSTICA

Una silla también puede querer convertirse en arte, en escultura, pues, como todo objeto, en parte lo es, y puede decirse que muchas de ellas, sobre todo las orgánicas, tienen bastante de plasticismo neto. Entre los ejemplares más puros y conseguidos están el sillón Donna, de Gaetano Pesce (1969), la Wingle Side Chair, de Frank O. Gehry (1972), la silla de jardín, de Willy Jul (1954), la Chaise, de los Eames (1948), la Butterfly, de Sori Yanagi (1954), la Panton Chair, de Verner Panton (1959), la Lockheed Lounge, de Marc Newson (1985), etc. Son estas sillas muy conseguidas y cómodas y son, además, obras de arte escultórico muy estimables.

DISEÑO PURISTA

Pero pocas veces la silla ha querido ser sólo eso: una silla, bien hecha, tan bien hecha que es casi anónima, el autor desaparece tras su alta calidad. No es éste un caso muy abundante, pero pueden encontrarse al menos dos. Una es la Leggera y la Superleggera, de Gio Ponti (1951-1957), ajustada y refinadísima, definida por su autor como la silla "normal", "verdadera", la "silla-silla, despojada de adjetivos", y es cierto que es absolutamente así, y, por ello, uno de los muebles modernos mejor diseñados del mundo, dando la medida de la alta categoría del diseñador italiano. La otra es la Ply Chair, de Jasper Morrison (1988), mucho más reciente, pero en la misma línea mínima y de seriedad técnica de Ponti. Estas dos sillas se elevan así a las primeras filas de la calidad.

HUMOR Y CONCEPTUALISMO

En las antípodas de los modelos anteriores, están las sillas-chiste, o sillas humorísticas, muy abundantes —demasiado— en las últimas décadas del siglo xx. Son chistes —a veces malos— el sillón Poltrona di Proust,

de Mendini (1978), quizá el decano de los diseñadores-humoristas; el sillón Wink, de Toshiyuki Kita (1980), y la silla Queen Anne, de Robert Venturi (1979). Los muebles concepto son menos abundantes, pero hay alguno, que no es ya siquiera un mueble, como es la silla Lassú, también de Mendini (1974), uno de los diseñadores, o antidiseñadores, que ha hecho más tonterías en las décadas de los setenta y los ochenta.

Hay otros muebles conceptualistas, desde luego, y están entre ellos los de Rietveld, por ejemplo, y algunos otros de los ya citados en otros epígrafes. Pues puede decirse que casi todo buen mueble —como casi todo objeto material bien hecho— expresa con cierta elocuencia algún concepto.

MATERIALES INSÓLITOS

Maderas, metales, telas, cueros, plástico, fibra de vidrio: tales los materiales más corrientes y adecuados para los muebles, pero hay otros insólitos. Quizá el material más insólito de todos sea el del atractivo y conocido sillón Blow, de De Pas, D'Urbino, Lomazzi y Scolari (1967), pues es éste el sillón inflado, cuyo material básico es el aire. De cartón es el ya citado de Gehry, como lo son algunos otros del mismo autor. Y de hormi-

gón fibrado es la silla de jardín, material que se vuelve lógico por dicha especialización, de Willy Jul (1954). De malla metálica niquelada es, por último, el How High the Moon, de Shiro Kuramata (1986).

Todos ellos son muebles muy especiales, de gran originalidad, lo que queda puesto de relieve por medio del material.

Las formas insólitas también son muchas, pero sobre éstas habría, quizá, demasiado que decir, y no todo muy agradable.

Podría seguirse intentando atrapar, clasificar, esta colección de insectos artificiales, de objetos admirados y familiares, cuya diversidad escapa a cualquiera que sea la sistemática, pero cuya riqueza y atractivo invitan y sugieren tantos comentarios.

Ahí nos quedan, desde el siglo pasado, ya clásicos, pero como una tradición absolutamente imprescindible de cara al futuro.

ANTÓN CAPITEL